

CATEQUÍSTICAS

Final de curso del Catecismo Parroquial

El día 27 del pasado mes, tuvo lugar en el salón-teatro del Casino de nuestra ciudad, la velada final de curso del Catecismo Parroquial.

Media hora antes de comenzar la fiesta, por el patio del Casino, la gente menuda se amontonaba... ¡Parecía un enjambre de abejas que, paradas ante la colmena, esperaban una orden para entrar! ¡Cuán gratos son los chiquillos! Hay que verlos con que alegría, con que cara de satisfacción acuden todos los domingos a la Iglesia, o a los demás centros existentes, para asistir, sin falta alguna, a las clases de doctrina, en las que se les alumbró por el camino de la Verdad.

¡Cuántas veces su ingenuidad se muestra en preguntas, ademanes, en acciones que les dan aquella gracia propia solamente de la inocencia, de la candorosa: genuino siempre de los pequeños!

Pues bien; la fiesta de final de curso de doctrina, que no pudo ser hecha en el local catequístico porque no reúne las debidas condiciones, se ha celebrado en el salón-teatro del Casino, que amablemente prestó esta Entidad. Dió comienzo al acto un canto rítmico popular, que fué magistralmente ejecutado por las pequeñas niñas. Terminado este número, vino lo bueno: CUC, BOPPY Y C.^a

Aparece en el escenario un «señor» que parecía que estaba enfermo. ¡Tan palido estaba! Su blanco rostro con sólo una ceja y aun casi vertical, con vestido encarnado, con el dibujo de un palomo por delante, y detrás un enorme punto interrogante, sus pantalones cortos hasta encima de la rodilla, daba la sensación de que en conjunto era una figura geométrica: un rombo.

Mientras dirigía la palabra al público, compuesto de mayores y pequeños, y sin que nadie apenas se diera cuenta, fué entrando otro «señor» algo maltrecho, con una cara, que más que cara, parecía un «mapa mundi», con una maletaza que... suerte que estaba vacía, que si no... y con una chaqueta que más bien era un de aquello que llevan las señoras, y que llaman, no sé si «uns tres quarts» o «mitja hora», o que sé yo qué... Habrían cabido en ella media docena de Cucs... ¡Cuidado, eh?! Quiero decir de payasos; no de gusanos («cucs», que decimos en catalán). Sus pantalones, eran faldas más que nada: anchos a más no poder, y largos, tan largos que se le arrastraban por el suelo. ¡Y que zapatos, Dios mío..! Y aún se caía con tanto «punto de apoyo»

En resumidas cuentas, el solo verlos, aun sin querer, producían la risa de los asistentes, pero más todavía de los pequeños, que esos son de los «su-yos», de los que les hacen gracia, de los que les hacen reír a carcajada suelta.

Ese pobre maltrecho, que se llama